

Niños, niñas y un regalo de cumpleaños

1

UN ENFADO FAMILIAR

En aquel jardín había dos árboles. Uno y dos. Uno era una morera blanca; el otro, una acacia del Japón. También había decenas de macetas, docenas de jarrones y una jardinera con plantas de todos los colores y aromas.

La preferida de Edelmira era un girasol enano muy vistoso que ella misma había plantado con la ayuda de su madre.

Edelmira miraba aquella planta sentada sobre una de las ramas de la morera, a la que se había subido con una escalera, enfadada. Cuando se acomodó en la rama, le pegó un puntapié a la escalera, que cayó sobre el césped cuan larga era. «¡Ploooof!».

—Edelmira, baja de ahí —le había dicho su madre.

—Edelmira, que bajes —le había advertido su padre.

Pero Edelmira no bajaba.

Cuando Edelmira se enfadaba hacía cosas muy raras. Por ejemplo, se subió en una cigüeña el día que sus padres no le permitieron ir al cine con su amiga Palmira. Menos mal que el ave tenía el nido en la torre de la iglesia y los bomberos pudieron ascender sin ningún problema. En otra ocasión, cuando en el patio del cole no le dejaron jugar al pillapilla, Edelmira se metió debajo de su pupitre y no salió hasta el día de su cumpleaños, que, por suerte, fue dos días después.

Esta vez, Edelmira se había negado a comer la crema de calabacín que su madre le había puesto en el plato. Sobre la crema unos costrones de pan frito formaban una *P* mayúscula. Una *P* de «Palmira», o de «pan», o de «Peter».



—Prueba la crema, está muy sabrosa —
había insistido su madre.

—Está para chuparse los dedos —dijo su
padre.

Que no y que no. Y más no.

Así que su padre le dijo que si no se
comía la crema se quedaba sin dibujos
animados, y punto. Edelmira escuchó
aquello, se desanudó la servilleta, la arrojó
sobre la mesa y salió corriendo al jardín.
Miró a la derecha, a la izquierda, vio la
escalera apoyada en el tronco del árbol y se
subió a la morera.

—Edel, baja. He hecho tu postre
preferido —le rogó su madre con la vista
fija en lo alto del árbol.

—¿Tocinillo de cielo?

—No, el otro.

—¿Tiramisú?



—No.

—¿Panacota? ¿Tarta de queso con frutas
del bosque? ¿Natillas?

—No. Milhojas de crema.

—¡Mil leches! ¡No quiero! —contestó
Edelmira de mala manera, agitando la
rama, de la que cayeron varias hojas, como
si fuese otoño—. La última vez las conté y
solo había trescientas catorce.

—Es un decir, hija.

—¡Que bajas ya! —gritó su padre
malhumorado, al que le empezaba a doler
el cuello de tanto mirar hacia arriba.

Edelmira arrugó el gesto, giró la cara y
cruzó los brazos, dejando bien a las claras
que no pensaba ceder ni descender.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo el
padre—. Tú lo has querido.

Ni corto ni perezoso, cogió la escalera,
la acercó hasta la acacia del Japón, trepó
peldaño a peldaño hasta encontrar una
rama que le pareció resistente, se sentó
sobre ella y empezó a balancear las
piernas, adelante y atrás, como si estuviera
en un columpio.

—¿Qué haces, Ramón? —preguntó perpleja su mujer.

—Si ella no baja... ¡yo tampoco! —respondió con el ceño fruncido, pero sin dejar de menear los pies.

Su hija, desde la morera blanca, lo miraba incrédula; su mujer, desde el suelo, atónita.

—¡Esto es increíble! Desde luego... Que sepáis que os guardo la crema para mañana —amenazó la mujer mientras entraba en casa y cerraba dando un portazo.

—Hay que ver qué genio tiene cuando se enfada —dijo el padre mirando a Edelmira, convencido de que tenía que haber plantado otro árbol para su mujer: un sauce, un chopo negro o, mejor, un comodísimo castaño de Indias.

—Entonces, si no piensas bajar... ¿quién me va a llevar mañana al cole? —reflexionó Edelmira.

—Que te lleve el árbol —contestó su padre—. Y no me molestes que estoy muy ocupado decidiendo qué árbol se podría plantar ahí.

—¿Ahí?

—No, ahí.

UN ESTUCHE DIFERENTE

Margarita tenía un estuche muy chulo. Era azul celeste, con un arcoíris impreso y con una cebra de los mismos colores que el arcoíris. Una cremallera lo cerraba, o lo abría. A Margarita le gustaba mucho. Hacía ya dos cursos que se lo habían regalado y nunca lo había dejado olvidado en casa, o en el cole, o en el médico. Todo un récord.

Si alguien le hubiera preguntado qué veía de especial en ese estuche, Margarita hubiese respondido, sin dudar, sin pensárselo ni medio segundo, algo así como:

—Cabe de todo.

Y si esa misma persona hubiese insistido: «¿De todo? ¿Qué has metido dentro?», Margarita hubiese contestado que un día de invierno guardó una bufanda de lana; otro día, un balón de fútbol, y otro un monopatín que corría que se las pelaba...

Pero lo más sorprendente que había guardado en su interior fue a su propia madre. La metió entera, con zapatos de tacón y todo. Se la llevó al cole. Su madre ni protestó ni nada. Tan contenta.

Fue muy divertido cuando, en mitad de la clase, abría la cremallera y le guiñaba un ojo, o le acariciaba el pelo. O cuando se lo contó a su amigo Samuel y, como no se lo creía, tuvo que dejarle echar un vistazo.

—¡Es tu madre!

—¡Shhh, no hables tan alto que se va a enterar toda la clase!

Lo malo es que, tras sacarla del estuche al llegar a casa, la espalda le dolía una verdadera barbaridad.

—Ahora sé cómo se sienten las sardinas dentro de la lata —se quejó su madre,



tumbada en el sofá, mientras Margarita le masajeaba la región lumbar.

Pero lo más curioso le ocurrió en su propia habitación, una tarde, mientras hacía los deberes de Lengua.

Margarita estaba sentada frente a la mesa, mordisqueando el lápiz mientras leía la página 67. «Rodea de color verde los adjetivos de esta oración», decía el enunciado del ejercicio.

—El coche nuevo es rojo —leyó.

—¡Chupado! —añadió.

Cogió el estuche y buscó la pintura verde. Sacó un rotulador azul, uno naranja, uno verde... Se le resistía.

Sacó uno gris, uno amarillo con punta fina en un extremo y gorda en el opuesto, un bolígrafo de tinta violeta, una goma con forma de pez, un sacapuntas metálico, un papel donde había copiado una división con dos decimales... pero ni rastro del color verde. Se acercó más al estuche, metió la cabeza, un brazo, el otro. Metió una pierna, la otra... Y se cayó dentro.

Margarita intentó salir, pero descubrió que la abertura quedaba fuera de su alcance. Se subió a la regla, pero aun así le faltaban cinco centímetros.

—¡¡¡Mamaaaá!!! —gritó con todas sus fuerzas.

—¿Qué quieres, hija?

—¡Me he caído dentro del estuche!
¡¡¡Llama a los bomberos!!!

—¿Que te has caído dónde? No te asustes, no llores...

Un minuto después, las manos de su madre la rescataron.

—Que sea la última vez que te escondes ahí dentro. Y menos sin avisar —le recriminó.

Desde aquel día, Margarita tiene mucho cuidado y un secreto que no le cuenta a nadie: en el interior del estuche guarda una escalera por la que a veces sube o baja





3

DENTRO DE UNA BOTELLA

Era de noche y en el cielo no se veía ni una nube.

La botella de agua estaba medio llena, o medio vacía, depende de cómo se mirase.

En cualquier caso, estaba sobre la mesa que estaba sobre el suelo de la cocina que estaba sobre el techo de la cocina del vecino de abajo que estaba soltero. No sé si me explico.

El pequeño Teodoro —vaya nombre para un niño—, con el pijama ya puesto, dejó de jugar con el tren que le había regalado su tío Teodoro —vaya nombre para un tío— y se encaminó hacia la cocina. Tenía sed.

—¡Quiero agua! —había dicho varios minutos antes.

Incluso lo había repetido con su voz infantil:

—¡Quiero agua!

Pero su madre estaba viendo la tele y su padre también. Su madre se fijaba en el

actor que hacía de policía, y su padre en la actriz que hacía de policía.

Así que Teodoro, cansado de que no le hicieran caso, dejó de jugar sobre la alfombra y salió del cuarto de estar. Cruzó el pasillo y abrió la puerta de la cocina. Se puso de puntillas y encendió la luz.

La botella de agua estaba sobre la mesa, no se había movido ni un milímetro. Medio llena, o medio vacía.

Intentó cogerla, pero le faltaba palmo y medio para llegar a ella. Apretó los labios como si fuese a dar un beso, pero ni con esas. Buscó una banqueta y, como pudo, se subió a ella. Sonrió: la botella medio llena, o medio vacía, estaba a su alcance. Alargó el brazo y se la acercó. Desenroscó el tapón como se lo había visto hacer un millón de veces a su madre y poco más de



novecientas mil a su padre. Con las dos manos agarró la botella y... ¡y vio un pez nadando dentro!

Era un pez de color azul, casi del mismo color que la etiqueta donde estaba impresa la marca y otras características del agua natural, como el contenido en calcio, magnesio, sodio, potasio... El pez se le quedó mirando, quieto, como si le estuvieran sacando una foto para luego colgarla en facebook.

El niño arrancó la etiqueta y acercó sus ojos a la botella. Frente a frente. El pez dio dos vueltas completas y lo miró de forma descarada, casi desafiante.

Teodoro se rascó la cabeza pensativo: ¿qué hacía aquel pez allí? Y lo más importante: si se lo bebía, ¿nadaría dentro de su estómago?

Sin pensárselo dos veces se llevó la botella a la boca y dio un buen trago. El pez sintió un temblor y nadó hasta la profundidad de la botella. Miró hacia arriba y sintió un remolino que ascendía. El torbellino cesó y todo volvió a la normalidad.

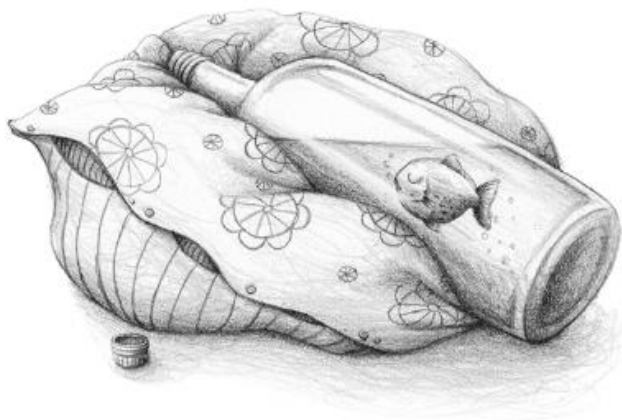
Teodoro sonrió al ver que no se había tragado el pez. Cogió la botella y se la llevó a su habitación.

—Buenas noches —dijo al pasar por delante del cuarto de estar. Sus padres seguían como tontos mirando el televisor.

Entró en su habitación, encendió la luz de la lamparita de noche y se acostó, abrazando la botella, sin asfixiarla.

—Buenas noches, pez. Que descanses bien.

—Felices sueños —le pareció escuchar.



4

LOS HERMANOS GUISANTI

—Damas y caballeros, niños y niñas, pasen y vean, en la ensaladera central, a los famosos, los inigualables, los siempre frescos, los guisantes equilibristas: los Hermanos Guisanti —gritaba el director del circo, rojo como un tomate, subido a un taburete.

El taburete, de madera de haya, cojeaba un poco, pues tenía de nacimiento una pata más corta que las demás. El director, de carne y hueso, solo cojeaba cuando hacía el pino porque tenía un brazo más largo que el otro. Ambos formaban una pareja estupenda.

La gente, como no podía ser de otra manera, acudía en tropel atraída por la curiosidad, y en pocos minutos se formaba una fila larguísima que zigzagueaba ante las taquillas: señores con sombrero,

señoras con moño, niñas con coletas, niños con pecas... Todos querían una entrada para ver aquello. Todos se preguntaban: «¿Unos guisantes equilibristas?».



Cuando el público ya había ocupado sus localidades, un foco de luz azul iluminaba una pequeña lata de hojalata situada en el centro del escenario, se hacía el silencio en las gradas y comenzaba el espectáculo. Los Hermanos Guisanti salían despedidos del interior de la lata, como si fueran confeti, «¡plop!». Se subían uno encima de otro, «¡alehop!», y el que estaba más arriba se ponía una cucharilla en la nariz, «¡tachán!». Luego se lanzaban haciendo cabriolas, volteretas, piruetas, saltos mortales, saltos normales, y caían en un vaso de leche sin azúcar, sin salpicar. Con precisión matemática.

Para finalizar la actuación, montados en unas pequeñas bicicletas, con los ojos vendados, sorteando como podían la ropa tendida de los trapecistas, corrían por las

cuerdas de un tendedero que el mismo director había situado en medio de la pista.

Daba gusto verlos hacer todos aquellos números que tanto llamaban la atención.

Su fama saltó fronteras, océanos y un charco que habían dejado las últimas lluvias.

Las hazañas de los Hermanos Guisanti llegaron a oídos de un millonario canadiense que se apellidaba igual que el famoso jugador de *hockey* sobre hielo. A Niedermayer no le costó ningún trabajo contratar a los hermanos para una fiesta privada. Será por dinero.

Los Guisanti viajaron en primera clase. El avión, un Airbus A380, tenía de todo: asientos reclinables, cortinas, sistemas de audio y vídeo, *catering* de alimentos... Por tener tenía hasta una mosca que se había



colado entre el pasaje sin pagar billete. Fueron más de diez horas de un viaje -repleto de turbulencias y películas de vídeo.

Cuando llegaron, sin casi tiempo para descansar, un coche blanco los llevó hasta la residencia privada del millonario, que los estaba esperando. Se saludaron y el millonario se los presentó a su bella mujer.

—Qué detalle más hermoso, querido —dijo ella.

El señor Niedermayer arqueó las cejas.

—No tenías que haberte molestado en regalarme unos pendientes tan lindos —añadió la señora, que cogió a los hermanos entre los dedos.

Los miró detenidamente y se los colocó. Guisanti, más verde, en el lóbulo derecho, y Guisanti, menos verde, en el izquierdo.

—Te quedan que ni *pintaos* —acertó a decir el millonario, comiéndose una *d*, al borde de un ataque cardíaco, mostrando una sonrisa falsa. Muy falsa.

UN REGALO DE CUMPLEAÑOS

Aquel día era muy especial: era el cumpleaños de Martina.

En la calle unas nubes negras como caries flotaban en el cielo de finales de junio. En la casa, unos globos de colores se adherían en el techo del salón.

También había guirnaldas de papel pinocho, un cartel que ponía «Felicidades», una tarta en el frigorífico y una abuela en el sofá. La tarta era de nata y chocolate. La abuela era de Martina. Ligeramente encorvada, se podía decir que casi estaba más emocionada que la nieta.

—¡Qué mayor te has hecho! Pero ¡qué mayor! —le decía su abuela cada dos por tres, cada seis minutos.

Sin embargo, a Martina le daba igual ser mayor o pequeña, o ser azul o verde. Martina, a pesar de tan señalado día, estaba enfadada. Mejor dicho, Martina vivía enfadada. Se levantaba siempre refunfuñando porque era muy temprano, ponía mala cara ante cualquier comida, bufaba cuando tenía que terminar sus deberes y arrugaba la nariz fuera el que fuese el programa que estuviesen emitiendo por la televisión. Martina era, en definitiva, un enfado con coletas.

—No me gustan las guirnaldas, no me gustan los globos, no me gusta el cartel y

odio las tartas, los frigoríficos, los microondas... —protestó la niña, por vigésima novena vez.

—¡Qué mayor te has hecho! Pero ¡qué mayor! —dijo la abuela desde el sofá.

—¡Mamá, papá, quiero mi regalo ya! ¡Mi re-ga-lo! —ordenó Martina a voz en grito.

Casi no había terminado de gritar cuando dos figuras aparecieron por la puerta del salón: un hombre con barba y una mujer sin barba. La mujer llevaba, con esfuerzo, una caja envuelta en papel de regalo. El hombre llevaba, sin esfuerzo, un cordón del zapato desatado.

Martina se abalanzó sobre su madre y agarró la caja, que pesaba más de lo que había imaginado. La depositó en el suelo con un «pum», rasgó el papel de un par de zarpazos, levantó la tapa y...

—¡No lo quiero! —gritó cruzándose de brazos.

—Pero hija... —dijo su padre con cara de pigmeo jugando al baloncesto, sin atreverse a añadir nada más.

—Pero Martina... ¡fíjate qué animal tan bonito! Este seguro que no se te escapa. Ahora sí, tendrás que tratarlo bien —dijo la madre, alzando una ceja.

—¿Y qué es, si se puede saber? —preguntó la niña.

—Lo que habías pedido, cariño: un koala —contestó su padre.

—Yo no había pedido un koala. Yo había pedido un caniche. Un ca-ni-che.

—Lo ves, Arturo, ya te dije que me parecía un poco raro —dijo la madre echando una mirada a su marido.

—¿Es sumergible, por lo menos? —preguntó la niña.

—¿Sumergible? Sí, claro. Totalmente. Este verano te podrá acompañar a la piscina —sugirió su madre, pasando la mano por el lomo del animal, que olfateaba el aire de su nueva casa.

—¿Y si no quiero llevármelo? —le retó Martina.

—Pues puedes llevarte un buen libro para leer —dijo el padre, bajando la vista, advirtiendo por primera vez el cordón suelto del zapato.

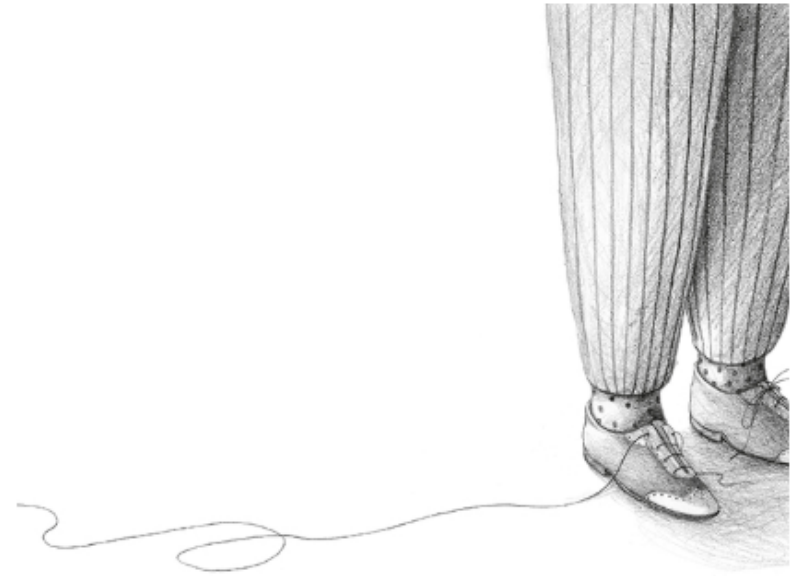


El koala, algo asustado, terminó de salir de la caja, elevó la cabeza y miró a su nueva dueña.

«Qué caprichosa con coletas», pensó indiferente.

Dio media vuelta y observó el cordón que arrastraba. Se acercó correteando y lo husmeó.

Todos miraron atónitos.



El padre se encogió de hombros, la madre se mordió el labio inferior y Martina sonrió por primera vez.

—¡Qué mayor te has hecho! Pero ¡qué mayor! —dijo la abuela, asombrada, al ver cómo la mascota ataba el nudo del zapato. Perfectamente.